



Memorias del olvido

Iniciativas simbólicas de reivindicación social: Elixir contra la indiferencia*

El asesinato masivo no es lo nuevo sino la eliminación continua de seres humanos, practicada durante años y décadas de forma metódica, y convertida así en sistema mientras transcurren a su lado la vida normal y cotidiana, la educación de los hijos, los paseos amorosos, la hora con el médico, las ambiciones profesionales y otros deseos, los anhelos civiles, las melancolías crepusculares, el crecimiento, los éxitos o los fracasos, etc. Esto sumado al hecho de habituarse a la situación, acostumbrarse al miedo, junto con la resignación, la indiferencia y hasta el aburrimiento, es un invento nuevo e incluso muy reciente. Lo nuevo en él para ser concreto, es lo siguiente: está aceptado.

Imre Kertész, tomado de "Memorias del Olvido", 2011

¿Alguna vez han escuchado de los proyectos sobre memoria histórica?

La experiencia que deseo compartir es la muestra de los resultados de un proyecto de este orden, por agruparlo en una categoría. Aunque en esencia esta iniciativa es mucho más que eso. Hablo de las exposiciones que han rotado por varios museos del país. "La guerra que no hemos visto" y "Réquiem NN" entre los meses de Enero y Abril tomaron lugar en el museo La Tertulia, bajo la curaduría de Ana Tiscornia y Miguel González, respectivamente. Ambas iniciativas fueron impulsadas por el artista antioqueño Juan Manuel Echavarría, quien a lo largo de su carrera ha manifestado su interés por visibilizar la violencia, la ironía, el deterioro, el abandono, la droga, el secuestro, los muertos, los sobrevivientes, y otros tantos elementos que forman parte de las narrativas diarias de nuestro país, a través de obras que pretenden producir sentido y armar relatos desde el arte sobre los acontecimientos que nos circundan.

La primera exposición "La guerra que no hemos visto" surge de la profunda incomodidad de pensarnos como colombianos y darnos cuenta de que en nuestro país los actos violentos se han naturalizado de tal forma, que el dolor se nos convirtió en una

manera de vivir lo cotidiano. La muestra representa una apuesta que propugna, desde el arte, desestabilizar la construcción del silencio y la retórica del olvido que forma parte de nuestro actual tejido cultural. En ella se evidencian años de trabajo del artista Juan Manuel Echavarría y la Fundación Puntos de Encuentro, quienes trabajan con combatientes rasos, hoy desmovilizados, ya sea por los beneficios de la Ley de Justicia y Paz, por haber desertado o por haber sido heridos en combate. Los desmovilizados, a lo largo de dos años, bajo la dinámica de talleres y como un acto catártico, pintaron sus experiencias personales e ilustraron la tragedia del desarraigo. Las pinturas que se exhiben son una selección de esta labor, matizadas de sufrimiento, sangre, desilusión, pero también de esperanza y sentido para quienes fueron sus autores, quienes intentan hacerle frente a un nuevo momento de sus vidas.

Por otra parte, "Réquiem NN", juega con la forma para invitar al espectador a recordar, una exaltación de la reminiscencia colectiva que nos atañe como colombianos, pero que también, más allá de la pertenencia al país, nos corresponde como seres humanos. Las fotografías, registros de 100 tumbas pertenecientes a personas a las que se le denomina NN, muestran una costumbre que ha surgido

en Puerto Berrío a las orillas del río Magdalena. Este artista cuenta en la exposición cómo “allí se ha erigido con el paso del tiempo uno de los monumentos que señalan la desaparición, violencia y muerte como síntomas y testimonios del conflicto colombiano. Se trata de tumbas donde descansan desconocidos, cuyos cadáveres flotantes aparecen en este recodo del caudaloso río. Cuerpos que son arrojados para que desaparezcan por descomposición o sean consumidos por aves carroñeras o peces hambrientos. Las personas no sólo son rescatadas y enterradas sino que sus lápidas se ornamentan con nombres supuestos, letreros alusivos, ofrendas florales, naturalmente signos religiosos. Se establece una relación directa y dijéramos que casi mágica. Las almas de los difuntos están dispuestas a conceder dones y prerrogativas y así se establece un culto particular donde los milagros son posibles”. Esta práctica resulta interesante para el autor porque tras ella hay un acto de resistencia contra los victimarios, por eso bautizó su obra como “Réquiem NN”, un término que hace alusión a la composición musical que se canta en la misa de difuntos. Es en otras palabras un frente simbólico contra la violencia y el sufrimiento.

Este tipo de exposiciones son un acercamiento a lo que atraviesan cientos de personas afectadas por el conflicto armado y político en el país. Un ungimiento desde una perspectiva distinta a la que nos presentan los medios, a veces exaltadores del morbo y del exhibicionismo insensible. Es así cómo las obras, desde la mística del arte, hacen las veces de elixir contra la indiferencia con la que hemos enmascarado nuestra mirada. Iniciativas como ésta, nos revelan que la reparación a las víctimas va mucho más allá de una indemnización monetaria, es necesaria una indemnización del alma y son precisamente este tipo de proyectos los que las propician, pues al recordar con conciencia las cicatrices, también se pactan las reivindicaciones.



